

la carta, que terminaba expresando afectuosos recuerdos para Blanca y para todos, firmando:

«Vuestro sobrino,

PEDRO DE MEILLANT.»

Mr. Godet arrugó la carta despechado, diciendo:

—Ya lo veis... Siempre el mismo.

La duquesa alzó los ojos al cielo.

—¡Siempre!—murmuró.—La guerra causó mucha impresión en su ánimo, y la muerte de su madre le abrumó. Temo que su resolución sea irrevocable.

—Será preciso que yo intente convencerlo—dijo M. Godet.—Cuando una persona se llama conde de Meillant y es sobrino de la duquesa de Maillepré, y tiene cincuenta mil libras de renta, me parece que está obligado á algo más que á enterrarse en un agujero para catequizar á los naturales de Berry ó á los salvajes de París. Meillant y Maillepré son dos nombres gloriosos y me exaspera el pensar que puede extinguirse la raza con este estrambótico Pedro. Por consiguiente, todavía no se ha dicho la última palabra sobre este asunto.

—¡Dios os escúche!—murmuró la duquesa poco convencida.

—Me entenderá si no es sordo.

Godet tenía su idea y decía para sí:

—Conozco á alguien que podía triunfar de él mejor que yo.

Y la imagen de María Magdalena se pre-

sentaba á su espíritu junto á la de Pedro de Meillant.

Cambiando bruscamente el curso de sus ideas preguntó:

—¿A qué hora llega la imponente señora de Lignerés con su querido hijo?

La duquesa no tuvo necesidad de responder, porque en aquel instante se escuchó ruido de casabeles hacia el camino de Bourges.

## X

### Caprichos del amor y de la suerte.

A las once de la mañana, dos jóvenes se dirigían al palacio, siguiendo las orillas del Cher. La más joven, que iba materialmente cargada de flores silvestres, dijo á su compañera.

—Vamós á llegar tarde para el almuerzo y la duquesa es muy impaciente.

La mayor sonrió y apretó el paso. Era Margarita Souvray.

Blanca no tenía ya el aire sombrío y trágico de antes, y departía amistosamente con Margarita, hacia la que en un principio sintió envidiosa desconfianza, desvanecida enteramente por la gracia melancólica de Margarita.

No habían llegado aún á esa intimidad que abre los corazones para dar salida á los secretos más íntimos; pero se había salvado el paso más difícil por la simpatía que naturalmente debía inspirar á Blanca Carol,



hija de una falta que ella presentía, hiriendo su orgullo, aquella otra joven sin familia, tan castigada por el infortunio.

Margarita consideraba como un deber, que al mismo tiempo era una alegría para su corazón, el cumplir las instrucciones de la duquesa, quien al observar las atenciones delicadas de que Blanca era objeto por parte de su compañera y sus esfuerzos por devolver la calma y la serenidad á su alma herida, sintió aumentarse su cariño por la que creía hija natural de su esposo.

Las dos jóvenes caminaban apresuradamente por un sendero muy pendiente.

De pronto Blanca se detuvo sofocada, llevándose la mano al pecho.

—¡No puedo más!—balbucía.— Tanto peor; almorzarán sin nosotras.

Margarita se detuvo también, observando el subido carmín que coloraba las mejillas de Blanca, acometida de aquella tos que más de una vez había ya notado en ella la hija del coronel.

—¿Os duele algo?—preguntó á su compañera.

—No—dijo Blanca.—El mal lo tengo aquí—dijo señalando con el dedo la frente.

En estas palabras estaba compendiado todo el secreto de aquella juventud, rebelada contra la medianía en que se ahogaba.

Margarita, admirada, guardó silencio.

—Vamos—dijo Blanca trasecurridos algunos minutos,—démonos prisa. No siempre la duquesa está de humor. Ya lo conoceréis á costa vuestra.

—Os quiere mucho—murmuró Margarita.

—Sí, como á todo lo que le pertenece, lo mismo que al perro de aguas que se murió hace dos años, y que enterró allá abajo, bajo aquel macizo de árboles.

—No debéis hacer esas comparaciones... La duquesa me ha hablado de vos con tanta ternura como si fuéseis su hija.

Blanca palideció.

—Porque no tiene hijos—replicó encogiéndose de hombros—y nosotras somos para ella una distracción: en algo ha de ocuparse y gastar el dinero. Lo mejor de la casa es ese buen viejo M. Godet.

—M. Godet es bueno, efectivamente; pero sois injusta con la duquesa.

—Es natural que no penséis como yo... porque os mima. No sé lo que le habéis hecho; pero el caso es que nunca le he visto hacer con nadie cosa parecida. Yo no he tenido esa suerte: siempre me está riñendo. ¿Queréis también reñirme como ella?

Margarita dirigió á la joven una mirada tan dulce, que Blanca Carol acercóse á ella, y enlazando su brazo con el de la hija del coronel, le dijo con zalamería:

—No es necesario reñirme. No procedo bien; pero hay en mi alma un rencor más poderoso que yo misma. ¿Contra quién es este odio? No podría decirlo; no lo sé; pero he sido desgraciada toda mi juventud; lo soy todavía; lo seré siempre...

—¿Por qué?

—Porque es mi destino—murmuró Blan-



ca, con los ojos arrasados de lágrimas. Margarita iba á replicar; pero habían llegado ya al palacio: contentóse, pues, con apretar el brazo de Blanca, diciéndole al oído:

—¡No! Seréis dichosa; yo lo quiero con todo mi corazón: lo veréis.

Casi todas las ventanas del primer piso estaban abiertas, y se veía á las criadas ir y venir con mucha prisa.

—Mira—dijo Blanca, repuesta de su emoción,—parece que tenemos huéspedes.

—¿Quiénes?

—Sin duda los Lignerés: los esperaban.

Margarita experimentó un estremecimiento, como siempre que oía pronunciar aquel apellido, que le recordaba la noche funesta de Chapelle-aux-Ifs.

¡Cómo se alegraba entonces de no haber dicho su nombre al oficial que se lo preguntaba con tanta insistencia!

M. Godet apareció en una de las ventanas del comedor llamando á las jóvenes.

Al dar la vuelta á uno de los corredores, Blanca, quieta detrás de su amiga, notó que una mano nerviosa depositaba en la suya un papel, mientras le decían al oído:

—Una carta... para vos... de él.

Blanca se apoyó en el muro, sintiendo palpitar violentamente su corazón. Haciendo después un esfuerzo, continuó andando y guardó la carta en el bolsillo sin que nadie hubiese observado nada.

Cuando Margarita entró tímidamente en la gran sala cuyos huecos daban al parque,

experimentó una sorpresa violenta, á pesar de ir prevenida. M. Godet, la duquesa y sus huéspedes estaban allí reunidos. La hija del coronel conoció en seguida á Roger de Lignerés, que hablaba con la duquesa y con su madre cerca de una ventana.

El antiguo oficial, hombre apuesto y simpático, de ojos azules y pelo rubio, de maneras distinguidas, revelaba á primera vista cierta indecisión de carácter, sobre el cual ejercía un dominio absoluto su madre, señora de pocas carnes que carecía de toda gracia femenil y acusaba en los rasgos de su cara una voluntad indomable. Los que la habían conocido treinta años antes aseguraban que poseía el brillo que atrae y la severidad que mantiene á distancia á las gentes: perdido el brillo, solo había quedado la severidad repulsiva.

Margarita se detuvo en actitud modesta á la entrada.

La marquesa de Lignerés fué la primera que la vió, y preguntó á su prima tocándole en la espalda.

—¿Quién es aquella joven?

La duquesa se volvió rápidamente.

—¡Ah! ¿Ya habéis venido?

Y llamándola con la mano, la presentó á sus huéspedes diciendo:

—La señorita María Magdalena, mi protegida y á la que os ruego que tratéis como amiga.

—¿Vuestra protegida?—repitió la señora de Lignerés dirigiendo una mirada impertinente á la joven;—yo sabía de una, querida.



—Bien, pues ahora son dos—contestó con voz firme la duquesa.

Casi al mismo tiempo, el antiguo oficial que se había fijado atentamente en Margarita, exclamó en el colmo de la alegría:

—¡No me engaño! ¡Sois vos!

La marquesa lanzó á su hijo una mirada recelosa y le preguntó:

—¿Os conociais?

—Cierto, es mi desconocida, mamá; la joven de quien tantas veces os he hablado, á la que debo la vida.

Margarita estaba colorada como la púrpura.

—Exagérais, señor, — dijo melancólicamente.—Vuestra vida no estuvo nunca en peligro... Me podéis deber á lo más algunos cuidados, pero esto es ya una cosa tan lejana que no me acuerdo de ella.

—Pero yo me acuerdo siempre!—dijo Roger de Lignerés apoderándose de la mano de Margarita y estampando un beso en ella, mientras murmuraba:

—¡Si supiéseis cuán feliz soy al encontraros!

La señora de Lignerés interrumpió esta escena de ternura, acercándose á Margarita.

—Efectivamente — dijo, — Roger me ha hablado mucho de vos, señorita, asegurándome que os debo el tenerle vivo. Os estoy agradecida en el alma.

El tono con que pronunció estas palabras no estaba quizás completamente de acuerdo con el significado de ellas; pero M. Godet,

que conocía á la marquesa, interrumpió diciendo:

—¡Basta de palabras, y á la mesa!...

La señora de Lignerés estaba en el fondo descontenta por aquel encuentro inesperado que la indispuso con la joven, temerosa de su influencia con su hijo, á quien le había oído lamentarse muchas veces de ignorar el paradero de la joven, al tiempo que se deshacía en hiperbólicos elogios de ella.

La marquesa, al contrario que Roger, no la consideraba sino como una de tantas aventureras é intrigantes, merecedoras únicamente del desprecio; porque en su egoísmo no comprendía que nadie expusiese su vida por cuidar la ajena, ni toleraba su orgullo que una persona de mediana educación se prestase á seguir á un ejército para cuidar á los enfermos, aunque llevase al brazo la cruz roja.

Al cabo de algunos instantes de silencio, su voz agresiva lo rompió, preguntando á la joven.

—¿De modo, señorita, que habéis sido enfermera durante la guerra?

La hija del coronel respondió sencillamente:

—Sí, señora.

La marquesa apretó los labios en señal de desaprobación:

—Ciertamente, habéis dado una prueba de gran entusiasmo; pero me permitiréis una pregunta.

—Marquesa — interrumpió M. Godet,—mejor harías probando este vino, que os re-



comiendo... Es de primera calidad... del año 1857.

—Estad tranquilo; ya os daré mi opinión después.

Y dirigiéndose á Margarita, prosiguió:

—No creo que estuviéseis autorizada por vuestra familia para semejante...

Iba á decir para semejante escapatoria; pero se contuvo á tiempo.

—No tengo familia, señora—contestó la joven.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿No pensasteis en que exponíais vuestra vida por salvar la de los demás?

—No tenía apego á la existencia.

—¿Por qué?

—Porque era desgraciada.

M. Godet hubiera apaleado á la marquesa.

La señora de Maillepré sintió escalofríos al oír de labios de la joven aquellas palabras tan sencillas, después de todo.

—Sois cruel—dijo á su prima con alterada voz, y hacéis mal evocando esos recuerdos; olvidémoslos, si es posible, y entreguémonos á la alegría de habernos vuelto á ver.

—¡Bravo!—dijo el excelente M. Godet con la boca llena, al mismo tiempo que con una amistosa mirada indicó á su favorita que debía despreciar aquellas maliciosas insinuaciones, que, dicho sea en verdad, produjeron sobre el joven Lignerés un efecto contrario al que se proponía la marquesa, reavivando en él violentamente los deseos

que despertó en su alma la aparición de la joven en Chapelle-aux-Ifs, y decidiéndole á desafiar las iras maternas.

El almuerzo terminó sin más incidentes.

La duquesa estaba descontenta de su amiga, aunque disimulaba guardando silencio; M. Godet dirigía á la marquesa epigramas, con el exclusivo fin de desagraviar á su protegida; Roger se esforzaba en reparar el rigor de su madre, haciendo discretas alusiones al sublime entusiasmo de Margarita en Chapelle-aux-Ifs.

De pronto pregunta á Margarita:

—¿No teníais allí una amiga?

La joven se cubrió el rostro con la servilleta para ocultar su rubor.

—Una mujer encantadora—prosiguió el marqués,—hechicera, que se os parecía mucho; cualquiera os habría tomado por hermanas. ¿Cómo se llamaba?

Margarita estuvo á punto de desfallecer á la brusca evocación del recuerdo de aquella cuyo lugar ocupaba. Aparentando hacer memoria, guardó silencio.

—¿Os queríais mucho?—siguió preguntando Roger de Lignerés.

—Sí—balbuceó la joven, apelando á todo su valor. Nos queríamos como dos hermanas... más que si fuéramos hermanas.

—¿Qué ha sido de ella?

Margarita tuvo que hacer un supremo esfuerzo para contestar con voz segura:

—Dispensadme... pero acabais de renovar uno de los más grandes dolores de mi vida. Si; yo quería á aquella pobre mujer, tan



desgraciada como yo, porque era el único ser que se interesó por mí... desde que me ví... sola. Nos encontramos en la guerra, impulsadas por un mismo sentimiento, por el de encontrar un fin honroso á nuestra insostenible existencia de soledad y abandono. Vivimos seis meses sin separarnos un solo instante hasta una noche en que, como recordareis, dijo dirigiéndose al marqués, atacada por los alemanes la casa donde se había establecido la ambulancia, un proyectil que estalló en la misma habitación donde estábamos, hirió mortalmente á mi amiga...

—¡Y yo no lo supe!—exclamó el antiguo oficial.

—Ocurrió aquello en la confusión de la retirada, y bastantes angustias y sufrimientos experimentábais para agravarlos con aquella noticia. Un viejo sacerdote del pueblo que se encontraba allí, se encargó de dar cristiana sepultura á los restos de aquella infeliz cuando los alemanes me expulsaron de la casa. Al salir de allí caí gravemente enferma, y mi primer cuidado cuando sané, fué visitar la tumba de mi compañera, cuya suerte envidiaba.

—¿Y la encontrásteis?

—Sí. El venerable sacerdote cumplió religiosamente mi encargo, y pude rogar ante aquel sepulcro antes de abandonar el país.

Hubo un instante de silencio que la duquesa rompió diciendo á la joven:

—No me habeis hablado de esa amiga.

—¿Para qué? No la conocíais. Además,

hay recuerdos que se guardan en el fondo del corazón.

Margarita pareció sumida en indefinible tristeza.

M. Godet acudió en su auxilio.

—Brr, hizo. Esta conversación ha hecho bajar la temperatura muchos grados. Por mi parte tengo el alma helada. Debíamos ir á calentarnos un poco al sol.

El consejo era bueno y fué seguido.

La duquesa de Maillepré dijo á Margarita con ternura cogiéndola del brazo:

—Venid, querida niña.

Y añadió en voz baja:

—Creedme, ese pasado cuyo recuerdo es tan penoso para vuestra alma, está ya muy lejos y no volverá.

Margarita la miró con ojos suplicantes, murmurando:

—¡Ojalá acerteis, señora!

## XI

### El veneno del amor.

A las diez de la noche, Blanca Carol volvió á su cuarto dejando á los demás habitantes del palacio en el salón.

Por las abiertas ventanas, una especie de huracan musical se desencadenaba por el parque, poniendo en fuga á los conejos que se paseaban al resplandor de la luna por los alrededores del palacio, y subía hasta los pisos superiores en cascadas de notas espe-luznantes. Era que la marquesa de Lignerés



tocaba un vals de Strauss con la misma fuerza que un leñador cortaría un árbol á hachazos.

Las aficionadas de esta especie son verdaderamente temibles: lo golpean todo sin piedad, lo mismo los instrumentos que los oídos.

El hijo de la marquesa aprovechó la coyuntura para entablar con Margarita una conversación, que su madre no podía oír. La joven le escuchaba con visible malestar.

Afortunadamente, aquel vals ejecutado con el estrépito de un regimiento cargando á la bayoneta, no podía durar mucho.

La duquesa y M. Godet se entregaban á la inocente distracción de jugar al jacquet.

La señorita de compañía evadió las declaraciones de su herido de la Chapelle-aux-Ifs, retirándose sin ser notada.

Blanca Carol la oyó entrar en la habitación inmediata á la suya, envidiando el valor con que la hermosa joven soportaba las incertidumbres de su condición, mientras ella se revelaba contra el extraño misterio de su existencia.

«No, Susana Carol no era su madre, pensaba, porque siempre la había tratado con la frialdad de una extraña, y casi con la misma ceremoniosa deferencia que á su señora, sin manifestar nunca la ardiente ternura que una madre siente por sus hijos. ¿Cuál era aquel secreto? ¿Quién se lo revelaría? En estas dos preguntas se encerraban por lo común sus pensamientos; pero aquella noche sus ideas tomaron otra dirección.»

Blanca leía por la vigésima vez la carta que le había entregado Justina.

«Yo quiero veros: no sabré vivir fuera de vuestro lado.»

Frasas vanas, lugares comunes que el seductor había arrojado sobre el papel al correr de la pluma, pero que producirán eternamente su efecto sobre las almas jóvenes que se abren al amor como las flores al sol de la primavera.

—Quiere verme—repetía la joven.—Es decir, que él no la olvidaba, pensaba en ella á pesar de todo lo que debía separarles. El era rico, ella pobre; él ocupaba un puesto importante en París; ella estaba admitida por caridad en la casa de una extraña que subvenía generosamente á sus necesidades. Todo hablaba en favor de aquel amante que, pudiendo elegir entre las herederas parisienses poseedoras de grandes dotes, se unía á la que carecía de todo, hasta de padre. ¡Y aun si ella poseyese una de esas hermosuras que equivalen á la riqueza y son un incentivo para la vanidad del hombre!... Pero Blanca se hacia justicia; conocia que era tan fea como pobre. Por consiguiente, el amor que había inspirado aquella lacónica carta que hacia vibrar las más secretas fibras de su alma, era un amor desinteresado y puro.

Pediále una cita. ¿No era, después de todo, su sola esperanza en el mundo, su único sostén, su porvenir, en una palabra? ¿Qué podia negar á aquél hombre?

Después volvía de nuevo á sus meditaciones.

CASTILLA ALFONSO  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. I. S.



Susana Carol no era su madre: imposible.

A despecho de todas las apariencias, nunca había creído en aquella maternidad. ¿Por qué desde que llegó á la edad de la razón se había apoderado ésta duda de su espíritu?

Esta pregunta, tantas veces formulada en lo íntimo de su pensamiento, surgía en el instante en que luchaba consigo misma bajo la influencia del tentador que iba á atormentarla en aquel refugio donde podía haber encontrado el reposo y el olvido, la curación de la fiebre de ambición y envidia que la devoraba, si él no hubiese estado allí para atizarla.

Con la cabeza inclinada bajo la luz de las bujías, la frente apoyada sobre la mano izquierda, teniendo delante de sus ojos la hoja de satinado papel destinada á la respuesta, meditaba sola lo que iba á decir.

Hasta entonces, no estaba comprometida irrevocablemente en la intriga fraguada con mano maestra por aquel artista de supercherias llamado Roland Beroult; pero el peligro de que sucediese era inminente; lo conocía, no obstante su inesperienza.

¡Ah! Si la duquesa de Maillepré hubiese penetrado á aquella hora decisiva en la habitación de la desgraciada á quien sacrificó ante el altar de su orgullo, y en una explosión del alma la hubiese tomado en sus brazos y le hubiese dicho, como estuvo muchas veces á punto de hacerlo:

—¡Mírame!... ¡Soy tu madre! He callado hasta ahora por el mundo, en cuyo nombre se cometen tantas infamias y bajezas; pero

el amor es más fuerte que el orgullo, y cedo....

Si esto hubiese sucedido, Blanca se habría salvado.

Pero la duquesa no debía venir, y la pobre Blanca seguía pensando lo que había de contestar. Comprendía lo grave del compromiso en que iba á aventurarse acudiendo al llamamiento del amor; conocía que era su perdición; pero cuando el corazón sucumbe, la razón no triunfa.

Al cabo de una hora de lucha, escribió, exhalando un suspiro de resignación, una larga carta, en la que razonaba, como antes había razonado en su mente, aquel amor demostrado por un hombre joven, rico, en elevada posición oficial, que á las grandes y hermosas herederas de la gran ciudad, entre las que podía elegir, prefería la joven pobre, humilde y desprovista de esos dones de la naturaleza que pueden cautivar á los hombres. Debía considerar un amor así como un afecto puro y desinteresado. El quería verla, y esto sería para ella el colmo de sus más vehementes deseos; pero esto era imposible de día en aquel palacio de Maillepré, donde á todas horas había gente que iba y venía sin cesar, y luego el obstáculo de María Magdalena, joven recién venida, que se hacía querer por su bondad y seducía por su hermosura, y á la cual estaba ligada por la semejanza de origen y destino, desconocido aquel, misterioso este en ambas... A menos que Roland no se dirigiese á la duquesa exponiéndole sus deseos... Pero no quería im-